

vas se mueren de hambre, y al clero no le queda más recurso que pedir limosna.

— ¡Eso no es posible! — dijeron.

— Es auténtico — contestó.

— ¡Qué diablura! — exclamaron todos á la vez. — ¿Qué empeño tiene en reducir á la miseria á su propia mujer, á su propia mujer millonaria?

— Sin duda — advirtió — nos quiere hacer creer que no se ha casado con la huérfana por sus millones.

— Pero bien — replicaban. — ¿Y el duque? ¿Cómo consiente eso el duque?

— El duque — añadía, — deberá tocar el cielo con las manos; pero su heredero dice con la mayor frescura que prefiere el honor de su nombre al esplendor de su título.

— Esto causó un verdadero estupor; la cosa era increíble, mas no por eso dejaba de ser cierta.

El hijo del duque contestaba á las burlas de que había sido objeto su matrimonio con Cecilia repartiendo generosamente la riqueza á que lo suponían vendido. De esta manera quería vengar el ultraje hecho á la sinceridad de su amor; pero el mundo, que se había burlado de él antes por avaro, seguía burlándose de él ahora por generoso, y decía:

— Con ese insensato, mal negocio ha hecho la pobre millonaria.

Pero es el caso que la pobre millonaria estaba loca de contento, tan loca, que había conseguido trastornar el juicio del duque hasta el punto de hacerle llevar con paciencia y aun con orgullo los inauditos despilfarros de su hijo.

— ¡Hermosa criatura! — exclamaba abrazándola; — tú sola me has hecho comprender que la verdadera nobleza está en el alma.

CAPITULO XXXIX

EL CRUP

«*San Juan de Luz, Mayo 8, 1874.*»

»Cecilia de mi alma, tengo el corazón partido de dolor; dolor injusto, dolor egoísta, dolor humano, pero dolor... ¿Qué nos sucede? No lo sé; no lo sé decir todavía. Me parece que estoy bajo la presión de un sueño horroroso, con el cual lucho sin poder despertarme. Yo no quiero creer lo que veo, lo que siento, lo que despedaza mis entrañas, y grito: «Es mentira, es mentira.»

»Hace ya tres días que mi alma está desolada, que me escondo en el último rincón de la casa para deshacerme en lágrimas... Mi hijo..., mi hermoso Serafín..., nuestro ángel, como tú le llamabas, nuestro Ángel de la Guarda nos ha abandonado para siempre... No; no es verdad lo que te digo; Serafín no nos ha abandonado; está aquí con nosotros, oímos su voz por todas partes, su boca nos sonríe á cada momento, sus ojos nos miran con ternura indecible. Está aquí; aquí lo vemos, lo sentimos..., nuestros ojos están llenos de su imagen, nuestros oídos de su dulce acento. Pero ¡ay!, Cecilia de mi vida, quiero estrecharlo contra mi corazón, y huye..., voy á besar sus labios, y no los encuentro..., lo llamo y me contesta..., me contesta desde el fondo de mi alma.

»Éramos dichosos aquí en nuestra casa de San Juan

de Luz, lejos de ese mundo que nos ha hecho pasar tantas inquietudes, tantas angustias, que me hizo dudar de ti sin conocerte, de Luis conociéndolo, de mí, de mí misma que debía conocerme. Éramos dichosos, muy dichosos aquí con nuestros recuerdos, unas veces tristes y otras veces alegres. Aquí donde está enterrada la madre de Luis, y donde vivimos más cerca del amparo de su memoria, donde todos los días podemos visitar su sepulcro y recordar su bondad y sus virtudes.

»El aire puro de la montaña y las brisas del mar robustecían á Serafín, y sus mejillas vivamente sonrosadas y su alegría inagotable nos aseguraban una salud completa. Cada día lo encontrábamos más hermoso, más alegre, más inteligente, más fuerte. Mi orgullo de madre no se saciaba de mirarlo. Luis era su preceptor, Montero su compañero inseparable en todos sus juegos y su cómplice en todos sus inocentes locuras; yo lo era todo para él, porque soy su madre.

»¡Cuántas veces, cansado de correr por la playa, venía á sentarse sobre mis rodillas, y siguiendo el movimiento continuo de las olas que, empujándose unas á otras, venían á morir á nuestros pies, se quedaba dormido! Yo espiaba los más ligeros movimientos de su rostro, recogía su respiración como si en ella aspirara el aliento de mi vida, y contaba los latidos de su corazón por los latidos del mío. Llegaba á creer que nuestra vida no era más que una, una sola vida.

»Algunas veces sorprendía en sus labios sonrisas misteriosas de una paz inefable, cuya dulzura hubiera sido imposible copiar; era su alma que sonreía en sus labios. Yo me apropiaba aquellas sonrisas. ¿Quién podía disputármelas? ¿Quién puede disputarle á una madre las sonrisas de su hijo?.. ¡Insensata!

»Sus labios solían agitarse como si pronunciaran pala-

bras sin sonido. Creía yo distinguir en estos dulces movimientos de su boca la voz de su alma que me llamaba, y lo oprimía suavemente contra mi corazón para contestarle: «Aquí estoy.» Entonces abría los ojos, fruncía ligeramente los labios y miraba no sé cómo, ni sé dónde, y volvía á cerrarlos como si la luz le ofendiera.

»Hace pocos días que una mañana dormía tan profundamente, que aunque había pasado la hora en que tenía costumbre de levantarse, permanecía dormido. Esto era extraordinario, porque nuestro Serafín se despertaba como los pájaros al romper el día, y no era posible detenerlo en la cama, y era preciso vestirlo, él nos despertaba á todos, y con su loca alegría ponía toda la casa en movimiento.

»Era ya tarde, y aún dormía. Montero iba de una parte á otra, salía y entraba, iba y venía, no sabía qué hacerse sin Serafín, le faltaba espacio y le sobraba el tiempo. Luis, que emplea las primeras horas de la mañana en leer, preguntaba de vez en cuando si aún dormía; yo estaba inquieta y entraba con frecuencia, y acercándome á la cama, lo sentía dormir con el sueño tranquilo de la salud y de la inocencia, como dormirían los ángeles si los ángeles durmieran. Entreabrí suavemente las maderas de la ventana, y dejé entrar la claridad del día. Quería que se despertase, y no quería despertarlo. Me senté junto á su cama y esperé; aquel sueño no debía ser eterno.

»Al fin hizo un ligero movimiento y se despertó, y en el momento mismo de despertarse, levantó la cabeza y se sentó sobre la cama, mirando á su alrededor con expresión de sorpresa, como si todo lo que veía le fuese desconocido, como si se encontrara en un lugar para él enteramente nuevo. Después apoyó el codo sobre la rodilla, y dejó caer la cabeza sobre la palma de la mano en una actitud tan misteriosa, tan pensativa que me pareció ver uno de esos ángeles meditabundos con que adornan las losas de los se-

pulcros. Jamás, Cecilia de mi alma, lo había visto tan hermoso; mi ternura de madre me llenó los ojos de lágrimas, y al mirarlo creía ver sobre su cabeza un resplandor semejante al de una aureola. Viendo que no había reparado en mí, lo llamé, y volviendo la cabeza, me miró un instante fijamente, y luego se sonrió con inmensa dulzura y se arrojó á mí rodeándome con sus brazos.

»Cecilia de mi alma, no puedo yo explicarte qué género de emociones me producía todo esto, que, bien mirado, no tenía nada de particular. Yo era en aquel momento tan niña como él; las mujeres lo somos siempre, y las madres lo son más todavía.

»Lo vestí, y saltó de la cama de la misma manera que salta un pájaro de su nido, y corrió á abrazar á su padre y á su padrino que lo estaban esperando. Estos abrazos repetidos hubieran hecho creer que venía de un largo viaje después de una larga ausencia. Su padre y su padrino lo miraban como si hiciese mucho tiempo que no lo hubiesen visto.

»Pasó el día alegre, llenando nuestros corazones del sosegado regocijo de la verdadera dicha. Tú solamente faltabas aquí. Te echamos de menos, y Serafín te nombró muchas veces.

»A la mañana siguiente notamos su voz algo empañada, pero almorzó bien y estaba contento. Aquella noche se durmió más temprano que de ordinario, y á la madrugada tosió dos ó tres veces con tos un poco seca, árida, pero sin despertarse. Muy temprano quiso vestirse; pero su voz había enronquecido más, y yo conseguí persuadirlo para que permaneciera en la cama hasta más tarde; y poco después comencé á notarle cierto desasosiego que no me pareció natural. Cambiaba continuamente de postura, no se encontraba bien de ningún modo, y sin embargo, me aseguraba que no le dolía nada. Insistió de nuevo en querer levantar-

se, y yo, poseída de una inquietud que tenía por infundada y que no podía desechar, llamé á Luis, que entró seguido de Montero, y acercándose á Serafín, lo acarició examinándolo atentamente. Después me dijo que debía permanecer en la cama porque el tiempo estaba destemplado y el aire era frío. Y volviéndonos la espalda, salió sin decir más. Montero se sentó junto á la cama, y yo crucé las manos pidiéndole á Dios misericordia, pues sentía mi alma invadida de un terror invencible.

»No tardó Luis en volver, y no volvió solo; lo acompañaba *M. Letut*, nuestro médico. Esta compañía inesperada completó mi sobresalto, y sentí en mi alma un terrible desfallecimiento. *M. Letut* se acercó á Serafín, y después de algunos momentos de examen se despidió diciendo: «Veremos.» Luis lo siguió. Yo no pude descubrir nada favorable ni adverso en la cara impassible del médico; pero la única palabra que pronunció encerraba un sentido dudoso, y esta duda me pareció horrible, y con una ansiedad que yo no puedo explicarte, salí detrás del médico y de mi marido que iban hablando en voz baja, detuve mis pasos, ahogué la respiración en mi pecho y apliqué el oído, y oí esta palabra asoladora: «El crup.»

»Caí de rodillas sin aliento, sin lágrimas, sin vida..., y así me encontró Luis al volver de despedir al médico. «Valor, me dijo, valor, Margarita. — ¿No hay remedio, Luis, no hay remedio? — «Veremos,» me contestó, repitiendo las palabras del médico. Mi pobre Luis estaba pálido como la muerte misma, y su dolor dió ánimo al mío.

»Corrí á la cama de mi hijo, que jugaba con Montero, y se sonreía; Montero no presumió lo que pasaba.

»La voz de Serafín se enronquecía cada vez, y su inquietud se aumentaba. Poco á poco se fué graduando en su garganta un silbido agudo que penetraba en mi corazón como la punta de un puñal, y aquel pedazo de mi alma nos

miraba con sus ojos llenos de gloria, y nos sonreía. De pronto se volvió á mí, rodeó mi cuello con sus brazos, y besándome y con una voz que no olvidaré nunca, que la tendré eternamente en mis oídos, me dijo: «No llores.» Y yo no lloraba; mis ojos estaban secos...

»Volvió el médico, y entonces ya no se me pudo ocultar que no había remedio humano. Luis cruzó los brazos y bajó la cabeza con la heroica resignación de un santo. Montero tuvo que agarrarse á Luis para no caer desplomado, y yo sentí que me volvía loca.

»Todo se hizo, y todo fué inútil. La enfermedad implacable no cedió un momento. A la caída de la tarde, la dulce mirada de sus ojos empezó á despedirse de nosotros. Cogió la mano de su padre y la mía, y con mucho trabajo pronunció esta palabra: «¡Pa...drin!, y poco después expiró.

»¡Hijo de mis entrañas! La Iglesia se alegra al verte salir de las angustias de la tierra, y el cielo mismo se regocija al recibir tu alma resplandeciente de amor y de inocencia. ¡Hijo mío! Los ángeles salen á encontrarte, y te llevan gozosos á la presencia del Eterno Padre. Pero yo, débil criatura, madre infeliz, no puedo sujetar este dolor que llena mi alma, dolor tan grande como el vacío que en ella has dejado. Perdóname, hijo mío, esta pena que tu ausencia me causa. Si estuviera en mi mano volverte al mundo no te volvería, y no puedo consolarme de haberte perdido. Tú saldrás á recibirme el día que Dios quiera que vuelva á verte.

»¡Ay, Cecilia, me falta aire, luz, espacio, vida!.. Hasta ayer no he podido llorar, y ahora mis ojos no se ven secos ni un instante, y hago esfuerzos desesperados por no afligir más á los que me rodean.

»A Montero no hay quien le saque del cementerio: allí pasa la mañana, la tarde y algunas veces la noche. So-

loza como un niño. Luis no se separa de mí, me anima y me consuela. No he oído en sus labios ni una queja. Su sentimiento está lleno de resignación, su dolor es el dolor de las almas grandes.

»Adelantad vuestro viaje, y venid. Mucho os echábamos de menos en nuestra alegría, mas no podemos vivir sin vosotros en nuestra tristeza.

»Si no te hubiera escrito esta carta habría reventado mi corazón, y al acabarla siento algún alivio.

»Ven, Cecilia..., ven pronto...; te necesito para que llores con nosotros, para llorar yo contigo.

»Adiós..., un abrazo..., te espera

«*Margarita.*»

